### Don Diego de Mendoza

*Sobre atender en la Audiencia del Othomano al decoro de su autoridad, y persona.*

Entrando a Audiencia publica el discreto Don Diego de Mendoza, Embajador de Carlos Quinto, y no hallando el asiendo, que pensó correspondía a su caracter, dobló la capa, y se sentó sobre ella, y previniéndole al salir, que la recogiese, respondió: Los ministros de tal graduación, y de tal Amo, no se llevan la silla en que se sientan. Agradole tanto al Sultán la gallardia, y despejo que le favoreció mucho.

## La España que vió el abate Vayrac

El abate Vayrac viajó por España muy al comienzo del siglo XVIII. Las impresiones y notas de su viaje las coleccionó y publicó en tres tomos, el año 1719 bajo el título «Etat present de l'Espagne ou l'on voit».

La obra es en su casi totalidad un inventario y noticia de todos los establecimientos oficiales y personas importantes del reino por su alcurnia o profesión. Pero no se crea por esto que no es sino una guía oficial: con sobriedad y tino comenta nuestro carácter y costumbres. He creído que algunas de sus aseveraciones valen la pena de traducirse y extractarse y a ese convencimiento responde la presente nota.

«Los españoles—dice Vayrac—tienen espíritu sublime, penetrante y muy propio para las ciencias abstractas. Pero por desgracia este talento no le cultivan con una buena educación, lo que es causa de que no se vean entre ellos tantos sabios como en Francia y en otros países, donde hay célebres escuelas y famosas academias para la instrucción de la juventud.»

Quiero ser muy parco en los comentarios. Vayrac denuncia que las altas disciplinas propias del espíritu sublime, penetrante, carecían de escuelas y academias. Pecaban los estudios de *utilitarios*. Incluso la religión tenía un sentido más bien ético que místico. Más adelante descubrirá Vayrac que lo que más abunda son teólogos morales.

«...En lo que toca a la filosofía son de tal manera esclavos de las opiniones de los antiguos que nada es capaz de hacerles abrazar las de los modernos». (Entre paréntesis: esta opinión tenían también muchos españoles. En una carta dirigida a los *jornalistas* del Diario de

los literatos de España (1) por un jesuíta anónimo se leen estas frases: «esto de filosofía se mira como una nueva secta, que se han de cerrar los ojos y el entendimiento, sacrificándole a la fútil tarea de entes de razón, de precisiones y objetos de que no salieron nuestros mayores, y quedamos palpando sombras, sin buscar otra luz que nos alumbre»).

Sigue Vayrac: «lo mismo sucede en la medicina. Aristóteles, Scotto y Santo Tomás son para ellos oráculos tan infalibles que si alguno no pensara seguir ciegamente a alguno de los tres, nunca podría aspirar a ser tenido por buen filósofo; y si un médico no jurara por Hipócrates, Galeno o Avicena los enfermos que enviara al otro mundo no se tendrían por bien muertos». El sedentario aislamiento intelectual que exponen las anteriores líneas puede compendiarse en todo su proceso con una sola frase: falta de curiosidad intelectual. Los españoles nunca han sentido repugnancia para asimilarse lo extraño o lo nuevo: la han sentido para buscarlo. Todas las corrientes literarias extrañas cuando han llegado hasta nosotros las hemos recibido y aprovechado. En el mismo siglo XVIII, cuando la vida francesa nos invadió, aprendimos hasta a estornudar en francés, como notó chistosamente el P. Isla. «Sería de desear que siguieran con la misma firmeza las reglas de los antiguos filósofos, especialmente por lo que toca a los poemas épicos y dramáticos, en los cuales hacen muy pocos progresos, porque despreciando los preceptos de Aristóteles y de Horacio dejan correr libremente su espíritu lleno de fuego y entusiasmo».

Esta observación, más que delatora de nuestro carácter, lo es de el del viajero. Nuestros romances y nuestra dramaturgía se salvan por que en ellos corre libremente el espíritu lleno de fuego y de entusiasmo. Claro que al hablar de nuestra épica se refiere a los poemas cultos así calificados. Hoy nos hallamos en la concepción del poema épico, tan distantes de la crítica de Vayrac, que es inútil e impertinente revisar esta apreciación. En la dramaturgía poco tiempo restaba de libertad: pronto las reglas habían de dar a la creación de una obra dramática el carácter que enérgicamente notaba Alcalá Galiano: (2) «el hecho de componer un drama o tragedia vino a ser así como un esfuerzo del ingenio, fantasía y criterio: una obra de mecanismo».

---

(1) Bibl. Nacional. Mss. T. 108. Sig. antigua.

(2) *Revista de Madrid.* A30 1838.

Este no guardar las reglas se extiende a todos los géneros literarios, y por eso no se encuentran según Vayrac hombres eximios, exceptuando los oradores. «Algunos predicadores parece que no necesitan del ayuda del Arte.» Fray Ferundio cuelga los libros y se mete a predicador, habrá de decirse poco más tarde.

«Cuando despliegan todas sus velas, es cuando se engolfan en alguna cuestión de Lógica, de Metafísica o de Teología escolástica. Se puede decir en verdad que no la dejan hasta que han apurado enteramente la materia.»

Esta ingenua admiración del buen abate a la cualidad que esteriliza los mas de los esfuerzos científicos, y de todo orden, se completa con esta preñadísima frase: «el número de jurisconsultos es infinito».

¿Sería esta la clave de nuestra vocación para las ciencias abstractas?

## Impresiones y recuerdos de Julio Nombela

Estas *Memorias* del, un tiempo, popular folletinista tienen verdadero interés para la historia anedóctica de nuestras letras desde 1845 hasta nuestro siglo.

He creído oportuno dar esta nota, ya que el renombre de Nombela puede desorientar a alguno no haciendo sospechar las interesantes noticias que conttene su libro.

El grupo más importante de ellas se refiere a Gustavo Adolfo Becquer a quien Nombela (nacido, como el poeta, en 1836), conoció en Sevilla en su primera juventud, continuando su relación con él hasta la muerte del gran lírico. Da noticias de proyectos literarios en que habrían de ser colaboradores y narra características anécdotas. Aun después de salida la biografía de Rodríguez Correa y la menos conocida de Narciso Campillo (1) pueden consultarse con utilidad las nuevas de Nombela. En varios párrafos trata de hacer una semblanza moral del poeta: acaso fué este como Nombela dice; más nuestro Becquer rebasa de los perfiles que el escritor delinea, y no nos avenimos a encerrar su riquísimo espíritu en los pobres moldes psicológicos del discreto novelista.

Sumamente interesantes también son las noticias referentes a Au-

(1) *La Ilustración de Madrid.*—Enero de 1891.